

Mireia TRIAS I FREIXA (cur.)

Terminologia i societat: recursos terminològics i escenaris comunicatius

Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2022, p. 57-64

DOI: 10.2436/15.2503.02.72

Sembrar a voleo: el DRAE y la terminología

FERNANDO PARDOS

Universitat Complutense de Madrid

El voleo es un método agrícola para siembra, generalmente de cereal, que utiliza una técnica manual para esparcir semillas y que siempre tiene el inconveniente de la irregularidad y de la dependencia de la habilidad del sembrador. Por eso me pareció apropiado el símil para analizar, siquiera de pasada, cómo, cuándo y quién «siembra» terminología en el Diccionario por antonomasia, el viejo *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) ahora renacido como *Diccionario de la lengua española* (DLE).

Históricamente, y desde luego antes de que la terminología se llamase así, los lenguajes de especialidad en la Real Academia Española eran casi exclusivamente patrimonio de los académicos procedentes del mundo científico; aquí tenemos una muestra del siglo xx: el matemático Echegaray, el médico Ramón y Cajal, el ingeniero Terradas, el físico Cabrera, el químico Carracido, el zoólogo Bolívar. Ya muy entrado el siglo pasado, el zoólogo Alvarado, culpable de mi presencia en la Academia; el médico Laín; el ingeniero Colino, o el bioquímico Martín Municio. Y los más recientes, Sánchez Ron, físico e historiador; García Barreno, médico y humanista, y Margarita Salas, bioquímica recientemente fallecida. La presencia de todos ellos en la RAE no es baladí: estaban (están) allí para ocuparse del léxico de la ciencia y la técnica.

Antes de seguir, debemos tener en cuenta desde el principio una característica fundamental del DRAE: es lo que llamo un diccionario de aluvión o sedimentario. Desde la aparición del *Diccionario de autoridades* en 1726 las veintitrés ediciones se suceden unas sobre otras: hasta finales del siglo xx, las ediciones son acumulativas, e incorporan paulatinamente indudables mejoras de técnica lexicográfica, pero con escasísimas revisiones temáticas que puedan implicar

léxico especializado. Estas revisiones no se realizan sino tímidamente y proceden de los trabajos de las comisiones académicas, singularmente la de Vocabulario Científico y Técnico, que elevaba sus propuestas al Pleno académico de los jueves. Hay que decir que con un cierto disgusto de algunos académicos, que las encontraban demasiado tediosas. Cuando el volumen de propuestas fue creciendo hasta el punto de que el Pleno no las podía digerir, se constituyó la Comisión Delegada del Pleno, mucho más ágil e integrada por académicos del fuste de Gregorio Salvador, Víctor García de la Concha, Emilio Lledó y Lázaro Carreter, que decidían, pulgar arriba o abajo, sobre la vida y la muerte de los términos en el DRAE.

Una vez conocido el *modus operandi*, pasemos a analizar someramente el tratamiento de la terminología en el DRAE. Será algo puramente descriptivo, pero no esperen encontrar nada sistemático o que responda a criterios estables, porque no lo hay.

Como diccionario de lengua general, el DRAE no quiere hablar de terminología, pero la contiene. Y la señala con las conocidas como marcas de especialidad, abreviaturas situadas tradicionalmente después del lema, entre la calificación gramatical y la definición. ¿Criterios de funcionamiento, de selección o de amplitud? No los hay, o son inconfesables. Eso hace que la lista de los campos del conocimiento especializado sea una lista irregular y, sobre todo, desequilibrada. Un vistazo a la lista de ochenta marcas (tabla 1) pone de manifiesto muchas ¿incongruencias?

Hay áreas de conocimiento bien representadas, no solo cuantitativa, sino cualitativamente. La física (833) está acompañada por muchas de sus disciplinas, como la acústica (17), la electricidad (219), la mecánica (288), la astronomía (249), la óptica (82) y la electrónica (219). Cuidado que la lista no está jerarquizada: la acústica, la electricidad, la mecánica, la astronomía y la óptica son partes de la física, pero para el DRAE están a la misma distancia que la heráldica. Dicho de otra manera: los términos de física no son la suma de los términos de sus subdisciplinas. Además de estos hay otros 833 marcados como física. Sin embargo, la medicina (la más representada, con 2380 acepciones) no tiene el mismo tratamiento ¿por qué hay anatomía (667), fisiología (69) o psiquiatría (83) pero no ginecología o dermatología? Lo mismo ocurre con la biología (870), flanqueada por la bioquímica (110), la botánica (811), la ecología (21) o la zoología (596), pero ¿por qué no microbiología o genética?

El vocabulario de marina es el más numeroso (1821), tras el de medicina, pero no existe ninguna subdisciplina, como en los casos anteriores. A no ser que consideremos como tal la náutica, con un triste y solitario representante, *largar*, etiquetado con una marca de uso, ni siquiera de especialidad. Y en la misma triste situación están la minería, la farmacia, la ortografía o el arte.

TABLA 1. *Marcas de especialidad (tecnicismos) en el DLE (DRAE)*

acústica (17)	aeronáutica (13)	agricultura (138)	alquimia (8)
anatomía (667)	antropología (30)	arqueología (27)	arquitectura (716)
arte (5)	astrología (16)	astronomía (249)	biología (870)
bioquímica (110)	botánica (811)	carpintería (93)	cinagética (160)
cinematografía (84)	comercio (137)	construcción (208)	danza (29)
deportes (361)	derecho (1596)	ecdótica (24)	ecología (21)
economía (294)	electricidad (219)	electrónica (219)	equitación (92)
escultura (45)	esgrima (104)	estadística (12)	farmacia (1)
filosofía (504)	física (833)	fisiología (69)	fonética (295)
fonología (295)	fotografía (34)	geografía (80)	geología (373)
geometría (399)	gramática (904)	heráldica (297)	imprensa (329)
informática (206)	ingeniería (260)	lingüística (344)	marina (1821)
matemáticas (436)	mecánica (288)	medicina (2380)	meteorología (84)
métrica (267)	milicia (726)	minería (1)	mitología (40)
música (558)	náutica (1)	numismática (16)	óptica (82)
ortografía (2)	parapsicología (10)	pintura (204)	psicología (164)
psiquiatría (83)	química (752)	religión (459)	retórica (187)
sociología (9)	tauramaquia (256)	teatro (68)	tecnologías (102)
telecomunicación (20)	televisión (53)	teoría literaria (75)	topografía (31)
transportes (12)	urbanismo (18)	veterinaria (170)	zoología (596)

FUENTE: Elaboración propia.

El caso opuesto también existe: llama la atención la presencia numerosa de acepciones marcadas como fonología (295) o como heráldica (297). ¿Por qué hay 24 términos de ecdótica y ninguno de automovilismo? Esto nos da idea de que la selección de campos de especialidad y su peso específico no tienen ni orden ni concierto.

La herramienta en línea que ofrece la página web de la RAE, *enclave RAE*, ofrece ciertamente posibilidades de búsqueda muy útiles. Aquí ya no existen las

marcas de especialidad, sino los «tecnicismos» agrupados por campos. Pero es exactamente lo mismo. Veamos un campo de tamaño relativamente manejable: ecología, marcado con *Ecol.*, con 21 representantes.

Lo primero que llama la atención es el número de entradas. Un buen diccionario de ecología, de los que existen varios, ofrece cerca de 6500 entradas ¿alguien va a creer que solo 21 merecen figurar en el DLE bajo la etiqueta *Ecol.*? ¿Cómo se ha hecho esa selección?

La presencia de la terminología es asistemática y, por tanto, falta del exigible rigor con los medios actuales. Volvamos al listado de ecología:

Está *lixiviado*, pero no *lixiviar*; está *microclima*, pero no *macroclima*; está *ecorrección*, pero no *ecotipo*, ni *ecotono*, ni *ecotoxicología*; existe *ecosistema*, pero no está marcado como *Ecol.* (está sin marca y mal definido, por cierto).

En la tabla 2 podemos ver esos mismos términos de ecología ordenados por el año de incorporación al DRAE.

TABLA 2. *Términos de ecología (Ecol.) con el año de primera aparición en el DRAE*

habitación	1914	mesotrófico, ca	1992
hábitat	1970	oligotrofia	1992
eutrofia	1984	oligotrófico, ca	1992
eutrófico, ca	1984	sociología vegetal	1992
eutrofización	1984	microclima	2001
eutrofizar	1984	transecto	2001
habitáculo	1984	altruismo	2014
clímax	1989	anacoresis	2014
fitosociología	1992	ecorrección	2014
mesotrofia	1992	lixiviado	2014

FUENTE: Elaboración propia.

Se ve mejor si representamos estos datos sencillos en forma de gráfica (figura 1). En realidad, lo que se ve es que no hay ningún patrón, ningún sistema, la evolución cuantitativa temporal es caótica.

Y la cualitativa no soporta un análisis mínimo. Habría que buscar cuándo *habitación* fue sustituida por *hábitat* (por cierto, de plural irregular porque sí), pero me temo que hace mucho de eso. Quizás desde hace ochenta o noventa años.

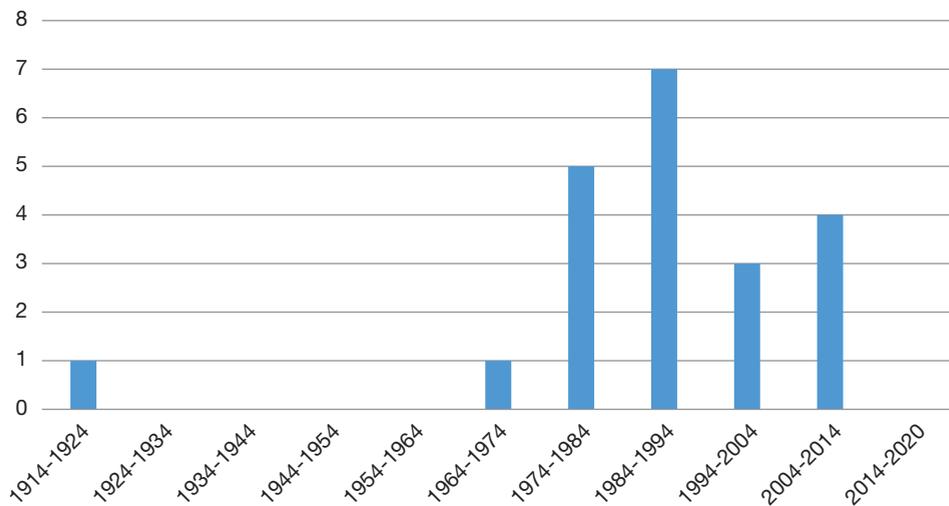


FIGURA 1. Evolución temporal de *Ecol.* en el DRAE.

FUENTE: Elaboración propia.

Hay, como se ve, mucho que hacer desde muchos puntos de vista. Y si esto ocurre con un conjunto de solo veintinueve términos que no pasará en campos mucho mayores, como la medicina o la botánica o la ingeniería.

Por cierto, que el término *ecología* nos puede ilustrar sobre otro aspecto. El DRAE es perezoso, de reacciones lentas. *Ecología* es un término creado por el gran zoólogo alemán Ernst Haeckel en 1886 y tarda cincuenta años (1936) en llegar al DRAE. Una cosa es la espera razonable para la fijación por el uso en la lengua y otra la inacción o peor, la desidia. Hay que ser justos; la culpa no es solo del DRAE. Es que aquí no leíamos a Haeckel. Es, en cierto modo, ese vetusto y ramplón «es que yo soy de letras». Sería interesante saber cuándo ingresa en el diccionario de Oxford, o en el Larousse, o en el Duden...

En lo que respecta a la terminología, el DRAE es un diccionario parcheado. Y a menudo los parches corresponden al capricho o a la especialidad de los académicos. Se lo cuento con un ejemplo. El verbo *disecionar* entró en el DRAE en 1992. La propuesta no surgió de la Comisión de Vocabulario Científico y Técnico, sino del trabajo de rutina del DRAE. Hubo opiniones en contra, la mía entre ellas, porque para expresar la acción de «Dividir en partes un vegetal o el cadáver de un animal...» ya tenemos el verbo *disecar*, del que claramente deriva *disección*. Volver a extraer un verbo del sustantivo es un sinsentido. Pero en la discusión del Pleno académico, preguntado D. Pedro Laín Entralgo, a la sazón único médico entre los de número, declaró conocer el vocablo en cuestión y con su autoridad se zanjó el asunto. Claro que la RAE ya registra *influenciar* y *posicionar*... No quisie-

ra pecar de purista, pero opino que, al menos en lo referente a la terminología, el criterio del uso, aunque sea malo, no debería ser de aplicación preferente.

Otras veces se producía, por insistencia o simple sugerencia académica, un volcado acrítico, en bruto, de lexicones especializados. Así ocurrió con la marina (diccionarios de Martín Fernández de Navarrete y Timoteo O'Scanlan) o la botánica (Colmeiro); probablemente ese es también el origen de los 297 términos de heráldica o los otros tantos de métrica (267). La consecuencia es, cuando menos, curiosa: no se vuelven a revisar esos temas ni esos lemas, que llegan a constituir en el DRAE auténticos compartimentos estancos generando un enorme, incongruente y llamativo desequilibrio, tanto en el léxico como en el contenido de las definiciones. Algo se remedió en casos puntuales. A poco de ingresar el almirante Eliseo Álvarez Arenas para ocupar el sillón tradicionalmente reservado a un militar, caímos en la cuenta de que el DRAE seguía definiendo *fragata* igual que Navarrete y O'Scanlan: «buque de tres palos...». Hace muchos años que las fragatas no tienen palos. Esto nos dio pie para revisar, mano a mano, los 1821 términos de marina, trabajo que, con mayor o menor fortuna, ha visto la luz en el DRAE y ahora la definición de *fragata* describe un buque moderno... sin olvidar el antiguo, como debe ser.

¿Qué hacer? La propia Academia da pistas. En su página web podemos encontrar una muestra de actualización del DLE en 2019 que incluye 231 novedades. De ellas podemos entresacar terminología, con el resultado que vemos en el gráfico (figura 2): 21 términos, lo que ronda el 10 %.

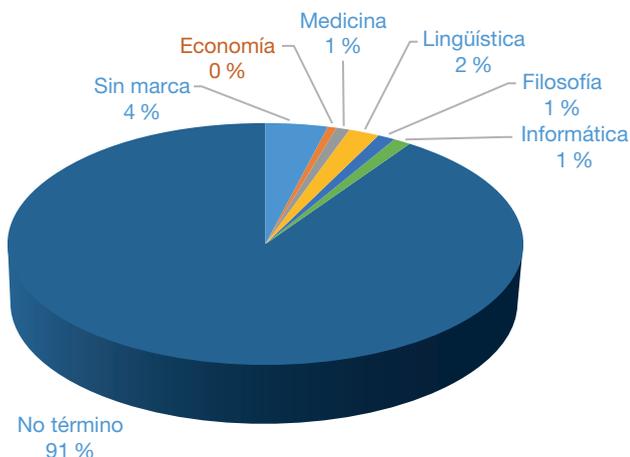


FIGURA 2. Distribución de novedades en el DRAE (tercera adición de novedades a la 23.ª edición).

FUENTE: Elaboración propia.

Extrapolando este porcentaje, por supuesto con todas las reservas necesarias, tendríamos que la lista de ecología que hemos visto antes debería crecer ¡hasta los 650 términos! No afirmo ni mucho menos que hubiera que llegar a eso, pero las proporciones son las proporciones.

Habría que confeccionar y definir un marco terminológico para el DLE (antes DRAE) con criterios lógicos, razonables y coherentes, para decidir cuantitativa y cualitativamente la incorporación de terminología.

Un problema recurrente de la inclusión de terminología en los diccionarios generales es el de las distintas «velocidades vitales» de la terminología y el léxico general. Es comparar la vida de una mariposa, que dura unos cuantos días, tal vez semanas, con la de un elefante, que vive muchas décadas. O, dicho de otra forma, es intentar acompañar un Ferrari con un camión de mudanzas. Mucha terminología, especialmente la técnica e incluso la científica, es efímera. ¿Se acuerdan del télex y las cassetes? Algunos incluso hemos conocido la baquelita y el plexiglás... Y lo mismo ocurre con los contenidos que debemos plasmar en las definiciones de los términos. En el colegio me hubieran suspendido si hubiera dicho que las aves son reptiles, cosa que hoy la ciencia asume con normalidad. ¿Qué hacemos? ¿Nos arriesgamos a registrar en los diccionarios términos y conceptos que van a durar dos días? La respuesta, mi respuesta, es sí. Son testimonio, registro de una época y de un estado del conocimiento. Eso sí, debemos estar atentos a su posible agnía y muerte para también registrarla, o se convertirán en dinosaurios mal disecados. Y hay que actuar con un cierto sentido de la anticipación. Por paliar la diferencia de velocidades a que me refería antes. La ciencia, y con ella su terminología, va por delante de la lengua y esta por delante de los diccionarios. Recuerdo de mis años en la Academia que cuando saltaba algún tema de candente actualidad inmediatamente se buscaba tal o cual palabra para ver si estaba en el DRAE, como una medida de la «previsión» de nuestro trabajo. Me imagino en estos días a algún director académico buscando cosas como *covid* o *PCR* (reacción en cadena por la polimerasa) y encontrar, para regocijo académico, que *PCR* ya está en el DRAE desde 2014. Corrijo: esa entrada del DRAE se aprobó tal cual está en la Comisión de Vocabulario Científico y Técnico el 14 de octubre de 2003. Tardó once años en aparecer publicada. Es un buen ejemplo de la anticipación a que me refería antes. Y no fue un caso aislado, *PCR* formaba parte de una lista monográfica de revisión y propuestas sobre bioquímica, aprovechando el reciente ingreso de Margarita Salas. Pero debo decir que costó mucho, había una resistencia académica a incluir entradas de siglas en el DRAE. Solo la insistencia de Martín Municio y Margarita Salas consiguió resultados que hoy, seguro, sirven para sacar pecho.

Por cierto, y sin dejar la *PCR*: en el último año (octubre 2019 a octubre 2020) se ha buscado 1642 veces (el 88 % desde España, por cierto) a través de la página web de la RAE, un tercio de las cuales corresponden solo al último mes. ¿Solo?

Habría que revisar la importancia real del DLE en cuanto a herramienta de búsqueda y potenciarla de alguna manera. De momento me temo que pierde estrepitosamente frente a Wikipedia... ¿O cuánto cobra Google porque algo aparezca por delante de la Wiki en los resultados de una búsqueda?

No quisiera acabar y dejarles con la sensación de que tengo al DRAE y a la Academia en poca consideración. Todo lo contrario. Creo firmemente que el DRAE ha sido y sigue siendo el mejor diccionario de la lengua española. La prueba es que todos los demás lo copian, en mayor o menor medida. Y la Academia es una institución venerable que ha sabido adaptarse a los tiempos y constituye uno de los grandes focos de la cultura nacional. Habría que hacer algo para que la terminología encuentre su sitio en uno y en otra.